

EL

FERROCARRILICO

SEMANARIO JOCOSO



Tirada 800.000 ejemplares.

Veinte ediciones diarias.

AÑO I.

Precios de suscripción
2 pesetas trimestre.

CUEVAS 22 DE ABRIL DE 1905.

Administración y Redac-
ción, San Antonio 4.

NÚM. 4.

«El Ferrocarrilico» es el periódico
de mayor circulación de Cuevas

Hemos recibido un comunica-
do firmado por D. José Marti-
nez Alvarez de Sotomayor, el
que no insertamos por entender
que las cuestiones que adqui-
ren un carácter personal y pri-
vado no deben llevarse á las
columnas del periódico; siendo
solo personas de sereno juicio
las encargadas de dilucidarlas.

MEA CULPA

Si Dios se sirviera conceder-
me muchos años de vida, cosa
que ni deseo ni habia de deplor-
rar, le pido con tanto el fervor
de que es capaz un alma mis-
tica que no me infunda la idea
de vestirme en la Semana Santa
con el ropaje de hermano de nin-
guna cofradía; todo uniforme me
revienta porque me parece la li-
brea de un siervo, pero el traje
de nazareno, blanco; azul ó rojo
sea como sea me horroriza desde
que candidamente en la inocen-
cia de los pocos años tuve la ma-
la inclinación de ponerme una
vez.

Era yo un rapazuelo, y un
amigote mio, aficionado al olor
de cirios y al sermón de las tres
horas me conquistó para que me
pusiera una caperuza y unas en-
guas de cola como las de cual-
quier mujer. ¡Ya verás lo que
nos divertimos! me decían; y aun-
que no se me alcanzaba en que
podia consistir la jerga ponién-
dose un cucurucho en la cabeza
y un traje de porcalina, creía á

CRISTO MODERNO



Al pueblo que es el Señor
Un gachó con muchos humos
Le va espetando consuntos
Y arbitrios que es un prior.

Es más constante su daño
Que el de Cristo nazareno.
Mueran una vez el Dios bueno;
Muera el pueblo todo el año.

pie jutillos las palabras de mi
amigo.

Vamos pues, me dije y salí de
mi casa sin mirarme al espejo
por no asustarme de mi mismo

al verme hecho un espantajo.
¡Que bonito iré! pensaba yo echán-
dome la carota para que no me
conociera la gente; y tropézunda
con todos los transeúntes por que

los ojos del antifaz no coincidían
con los de mi cara, me fui á la
iglesia dispuesto á correr el bro-
nzo con mi amigote.

¡Lo que me iba á divertir!
Todos los principios son difi-
les, ó como decía no sé quien
«las rosas más bellas tienen sus
espigas», y por eso no me desan-
timó el que me tuviera de pie
y de rodillas como á un chico
de la escuela varias horas en el
templo, mientras rezaban no sé
cuales oficios del ritual. Empecé
á sentir hormiguillas en los pies
y escozor en las choquezuelas;
pero ¡bah! aquello no era nada
comparado con el rato de gusto
que pasaría.

Subió la procesión; iba hermo-
sísima; brillaban los luminarios
y los dorados pasos; se esclare-
ció la noche con el fulgor de vi-
lleros de cirios, y animado por
aquella visión magnífica, resolví
cargarme un santo, que no sé si
era San Juan ó la Dolorosa, pe-
ro sí recuerdo que resultó por mi
desgracia el más pesado de la
cuadrilla. Los dolores de los pies
se me pasaron al hombro; pe-
ro ¡que importaba! yo iba á di-
vertirme, y con seguridad lo con-
seguiría según el santorón de
mi amigo.

Anduvimos despacito sin núme-
ro de calles, había en los balcon-
es mujeres hermosísimas rebo-
sando satisfacción en sus sem-
blantes al admirar el espectácu-
lo que les dábamos. ¡Que bien se
debía estar entre ellas, y que mal
iba resultándome la procesión!

Empecé á dudar de los gozes
que me habían prometido, y en
aquel instante una de las velas
del paso que yo llevaba se in-
clinó sobre mí y escurrió en mi
mano un goterón de cera can-
dente como un ascua.